



DÍA DEL SEMINARIO 2009

APÓSTOL POR GRACIA DE DIOS

CONTENIDO
TEOLÓGICO PASTORAL
PABLO, APÓSTOL
POR GRACIA DE DIOS

Por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí (1 Cor 15, 10). Esta frase ha sostenido la entera existencia de muchos hombres y mujeres que, a lo largo de la historia, han entrado en el ámbito de la experiencia de Dios. La gracia y la identidad personal han sido piedra de toque ineludible para comprenderse a sí mismos; fuentes explicativas del acontecimiento de la vida.

Pablo pronuncia esta sentencia en un contexto único: la exposición del kerigma de la fe cristiana (1 Cor 15, 3-5). Al dar cuenta de los encuentros del Resucitado con sus discípulos y seguidores, señala que en último lugar se le apareció a él, *el menor de los apóstoles, indigno de llamarme apóstol por haber perseguido a la Iglesia de Dios* (1 Cor 15, 9). A continuación, proclama el enunciado que encabeza este escrito: *por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí* (1 Cor 15, 10). La ubicación de tal afirmación en este contexto parece indicar que el ministerio apostólico de Pablo se constituye en clave interpretativa de su existencia. El misterio de su identidad personal se esclarece a la luz de la vocación apostólica.

I. ¿QUIÉN ES PABLO? HIJO DE DIOS, MIEMBRO DE LA IGLESIA, APÓSTOL

La expresión *soy lo que soy* remite al misterio de la identidad personal. La pregunta *¿quién soy yo?* ha adquirido diversas respuestas a lo largo de la historia del pensamiento. Cada cultura ha propuesto una particular visión del hombre. Se trata, en efecto, del interrogante primero y fundamental de la



existencia. En su respuesta estriba el sentido de unicidad y originalidad de la persona, condición ineludible para el sano desarrollo de la propia vida. No se trata, por tanto, de una cuestión teórica, que merezca una respuesta lógica y articuladamente razonada, sino de un interrogante existencial que necesita una respuesta urgente en el corazón de cada ser humano.

El misterio de la identidad personal no puede entenderse sin referencia a la vocación o misión personal. Los datos de la Revelación coinciden en afirmar esta natural vinculación entre misión e identidad personal. Los relatos vocacionales del Antiguo Testamento subrayan que el sentido de la llamada a los personajes individuales radica en la misión encomendada¹, que tiene que ver con el desarrollo histórico de Israel, el pueblo de Dios. Este dato de la Revelación se ve corroborado al observar los dinamismos antropológicos que configuran al ser humano. La filosofía dialógica (Buber, Levinas), de raigambre judeo-cristiana, muestra como el yo personal no llega a afirmarse sin la llamada de un tú u otro que lo reconozca como identidad diferenciable. Sin esta apertura fundamental a la trascendencia –aunque sólo sea una trascendencia horizontal– el hombre se desconoce, desdibuja su identidad. Sin llamada –sin encuentro– y sin la misión que emerge de dicha llamada, no se es.

Pablo, desde su experiencia de Dios y su encuentro con Cristo, muerto y resucitado de entre los muertos, encuentra el sentido de su propia vida al atisbar la razón de su identidad: es hijo de Dios, es miembro del Cuerpo de Cristo, de la Iglesia, es apóstol, enviado para prolongar la misión de Cristo. Su identidad personal se forja desde la llamada que Cristo le hace y desde la misión que Cristo le encomienda. Su conversión a Cristo, que afecta por entero a su propia identidad, supone no solamente la resolución a poner en práctica nuevas actitudes y comportamientos, sino sobre todo y fundamentalmente un cambio del sujeto que llama: la Ley, la Torah, deja su paso a Cristo y el evangelio de la gracia. En este sentido, Pablo entiende que su conversión no es producto del esfuerzo humano, sino obra de la gracia de Cristo que el Espíritu actualiza en su persona. El misterio de su identidad personal queda radicado en el Misterio de Cristo que le llama encomendándole una misión específica.

Pablo da cuenta del modo en que concibe su identidad personal en algunos textos fundamentales (*Gal* 1, 11-2, 14). Los estudiosos se apoyan en estos textos para establecer la cronología paulina, esto es, el desarrollo temporal de los episodios más relevantes de su vida. Con ello se esclarece en gran

¹ Algunos de estos relatos en los que se aprecia la vinculación entre vocación personal y misión son *Ex* 3, 1-4, 17 (Moisés); *Jc* 6, 1-6.11-24 (Gedeón); *1 Sm* 3, 1-4, 11 (Samuel); *Jer* 1, 1-10 (Jeremías); *Is* 6, 1-13 (Isaías)

medida el cuándo y el cómo de la expansión de la fe cristiana, ofreciendo preciosos datos para obtener un cuadro más o menos definido de los orígenes del cristianismo.

Sin embargo, para tratar de entender el modo en que Pablo se concibió a sí mismo, el modo en que perfiló su vocación y asumió su misión, es preciso prestar atención no solamente a estos textos, sino también al conjunto de sus cartas. Cuando Pablo relata su historia de encuentro con Cristo no lo hace con el fin de ilustrar los pasos de la relación del cristiano con Jesús o el modo en que esta se produce. Pablo no cuenta su vocación con un fin informativo o edificante, sino que se ve forzado a hablar de sí mismo, de su encuentro con Cristo, para justificar el contenido de la misión por él emprendida frente a quienes le acusaban de desvirtuar el potencial salvífico de la Ley.

Esta coyuntura, aunque no resta valor a los textos en los que Pablo expone su trayectoria vital y apostólica, nos invita a observar también aquellos otros textos en los que Pablo nos brinda su experiencia de Dios. A lo largo de sus cartas, Pablo describe la existencia cristiana, delineando el perfil del hombre nuevo en Cristo. La fuerza de su discurso radica precisamente en su experiencia personal de encuentro con Cristo muerto y resucitado, que le llama a participar de su misión. Esa experiencia nutre su identidad personal, que ya no puede entenderse sin la referencia a Cristo. Pablo no reniega de la tradición, pero entiende su ministerio como deudor de la persona viva y actuante de Cristo.

Hay tres enunciados que, por el contenido real de lo que expresan y la fuerza significativa que de ellos emana, se convierten en piedras angulares del discurso paulino sobre la condición del hombre nuevo en Cristo: ser hijo de Dios, miembro del cuerpo de Cristo, ser apóstol. Estos atributos afectan a la identidad personal del hombre nuevo, y se requieren mutuamente para dar razón del misterio de la personalidad humano-divina. La vocación del hombre consiste de ahora en adelante en adecuar su planteamiento de vida a las exigencias de estas condiciones que adornan radicalmente la identidad de cada persona.

Hay un principio formal que opera en la asunción personal de estos caracteres: la participación. Somos hijos de Dios porque participamos en la filiación del Hijo; somos hermanos porque participamos del cuerpo de Cristo que es la Iglesia; somos apóstoles porque participamos de su misión. Desde esta categoría, que tiene mucho que ver con el modo en que la gracia opera en nosotros, Pablo propone esta antropología fundamental en la que filiación, comunión y apostolado se requieren entre sí.



El hombre, hijo de Dios

Es la experiencia fundamental que sustenta la existencia de Pablo, el descubrimiento que está a la raíz de su conversión y del conocimiento de la misión a la que es llamado. Su trayectoria apostólica y su proceder resultan incomprensibles sin contemplar esta experiencia de participación en la filiación divina que le ha sido concedida. El análisis de semejante acontecimiento empuja a Pablo a superar todo tipo de obstáculos para proclamar la única verdad que puede dar sentido al hombre: somos hijos en *el Hijo* de Dios. Sólo el “padecimiento” de esta experiencia fundamental puede explicar la pasión de Pablo por anunciar el evangelio de Cristo. Pablo es apóstol porque es hijo en *el Hijo*.

Esta conciencia filial de Pablo aparece ya desde el inicio de sus cartas, en las que no duda en llamar a Dios “Padre” de Jesús y Padre nuestro (*Rm* 1, 7; *1 Cor* 1, 3; *2 Cor* 1, 2-3; *Gal* 1, 1-5; *Ef* 1, 2; *Flp* 1, 2; *Col* 1, 2; *1 Tes* 1, 1). A lo largo de sus escritos, Pablo repite en multitud de ocasiones la posesión de esta condición, que nos ha sido dada *por la fe en Cristo Jesús* (*Gal* 3, 26) y por el bautismo, siendo actualizada por el Espíritu (*Rm* 6, 3-11). *Los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios* (*Rm* 8, 14). Es el Espíritu el que nos *hace hijos adoptivos* y nos permite clamar: “*Abba*”, es decir, Padre (*Rm* 8, 15).

Al expresar su tristeza porque los descendientes de Israel no admiten la novedad de Cristo en la historia de la salvación, Pablo enumera una serie de bienes de los que aquellos se ven privados. Dice que *les pertenecen la adopción filial, la presencia gloriosa de Dios, la alianza, las leyes, el culto y las promesas. Suyos son las promesas y de ellos, en cuanto hombre, procede Cristo* (*Rm* 9, 4-5). El bien más preciado es, sin duda –y por eso ocupa el primer lugar de la lista–, la adopción filial, porque desde él se comprende todo lo demás.

Pablo es consciente de que ser hijo es un misterio, un don inmerecido que sólo puede explicarse por el amor de Dios. Como todo don, entraña la responsabilidad de la acogida. Esta sólo puede darse en unión con el Hijo, Cristo Jesús (*1 Cor* 1, 9), y por obra del Espíritu. El don ya dado requiere una asunción decidida del mismo y una conducta coherente con semejante condición. El estilo de vida del cristiano, del seguidor de Cristo, se forja desde la condición filial. Nos ha sido dada una nueva vida en Cristo que se torna en llamada a implementar una serie de comportamientos. Todas las recomendaciones y prescripciones éticas que Pablo sugiere se entienden desde esta clave.

Miembro del Cuerpo de Cristo

La filiación conlleva necesariamente la fraternidad entre los hijos. Ser hijo va de la mano de ser hermano. De entre todas las imágenes que Pablo usa para designar esta realidad, probablemente la que más impresión causa es la imagen del cuerpo; un cuerpo formado por miembros diversos y por una cabeza: Cristo. En ese cuerpo hay una norma suprema: el amor mutuo. Por esta razón un motivo recurrente en la predicación paulina es la necesidad de superar todo conflicto comunitario.

Su experiencia vocacional es un elemento influyente en la formulación de tal imagen. La comunidad jerosolimitana está fundada sobre el cimiento de los apóstoles, de los Doce. En la medida que el evangelio traspasa nuevas fronteras y se establecen comunidades cristianas, surgen nuevas personalidades que ejercen un papel significativo en el funcionamiento de las comunidades. Este proceso es contemplado como acción del Espíritu, que envía sus dones a la Iglesia para su correcto ordenamiento.

Lo que a nosotros nos interesa destacar en este momento es que Pablo comprende su vocación y misión en esta clave ministerial y carismática. El uso de la imagen del cuerpo de Cristo para dar cuenta de la realidad de la Iglesia presupone la experiencia personal de haber sido constituido apóstol por obra del Espíritu. La expresión *apóstol por la gracia de Dios* adquiere un sentido pleno desde esta perspectiva. La apostolicidad de Pablo, aspecto fundamental en la auto-comprensión de Pablo y que desarrollaremos en el apartado siguiente, es comprendida desde la acción del Espíritu en la Iglesia, que suscita dones y carismas para su edificación y que es garante de la misión.

Apóstol... de los paganos

Se trata, sin duda, del apelativo que mejor define a Pablo. Ser hijo de Dios y miembro de la Iglesia son los elementos de su identidad que fundamentan su apostolado, pero la categoría de apóstol da cuenta de modo explícito de su identidad personal. Su personalidad, sus sentimientos y deseos profundos, su percepción de la realidad quedan redimensionados desde esta cualidad que ha recibido por pura gracia. Ser apóstol surge como una necesidad insoslayable: es el producto del llamado que recibe y la misión que se abre ante sus ojos. Una vez convertido en apóstol, Pablo ya no puede entenderse a sí mismo de otra manera.

Los inicios de las cartas de Pablo resultan a este respecto elocuentes. Con una solemnidad inusual, Pablo introduce sus epístolas definiéndose como apóstol (*Rm* 1, 1; *1 Cor* 1, 1; *2 Cor* 1, 1; *Gal* 1, 1; *Ef* 1, 1; *Col* 1, 1). Aunque,



como muchos estudiosos señalan, semejante presentación no carece de cierto resabio apologetico, no cabe duda de que para Pablo, ser apóstol no es un añadido, una tarea o trabajo cualquiera, sino que se trata de un constituyente esencial de su identidad.

La insistencia con que Pablo reivindica su condición de apóstol evidencia que tal cualidad no fue reconocida serena y pacíficamente por las comunidades cristianas. En efecto, en no pocas ocasiones, Pablo tiene que defenderse frente a quienes le acusan de apropiarse ilícitamente del título de apóstol. Semejante acusación no responde a un interés por esclarecer el concepto de apóstol, sino que tras ella se esconde una visión de la historia de la salvación y una concepción del lugar que en ella ocupa el pueblo de Israel. La reivindicación paulina de la legitimidad de su apostolado no es la lucha por un título, sino por la posibilidad de extender la buena noticia de la salvación de Dios a todos los hombres.

La tradición sinóptica, especialmente Lucas, denomina apóstoles a *los Doce*. Apóstol es según esta tradición quien ha convivido con Jesús y ha sido enviado por él. Pablo, a pesar de no haber convivido históricamente con Jesús, se considera también apóstol, enviado suyo: *Pablo, llamado por voluntad de Dios a ser apóstol de Cristo Jesús (1 Cor 1, 1)*. El encuentro con Jesús y la llamada que él le ha hecho son experiencias auténticas que le han habilitado para ser apóstol. La conciencia que Pablo tiene de haber sido llamado por Dios es, sin duda, intensa y arrebatadora.

El apostolado de Pablo no es genérico, sino que tiene un contorno precisamente delineado: Pablo es el apóstol de los paganos. Su vocación apostólica queda esencialmente matizada por los destinatarios de su misión, por no poder comprenderse sin tener en cuenta estos mismos destinatarios. Ser apóstol es un don especial que no es generado por la intención o el esfuerzo del que lo recibe. Pablo es enviado a anunciar el evangelio a los paganos, a aquellos que no pertenecen al pueblo de Israel.

El convencimiento de Pablo acerca de esta peculiaridad de su apostolado queda reflejado en multitud de escritos (*Rm 11,13; 15, 15-16*), pero quizá el texto más elocuente al respecto sea el siguiente: *El mismo Dios que constituyó a Pedro apóstol de los judíos, me constituyó a mí apóstol de los paganos (Gal 2, 8)*. No existe contradicción entre ambos apostolados: son complementarios y necesarios. Al menos así lo entiende Pablo, que constantemente se esfuerza por justificar “su” apostolado, situándolo en continuidad y complementariedad con el del grupo apostólico de la comunidad jerosolimitana.

Es difícil atisbar el momento en que Pablo tomó conciencia de la inmensa misión que se abría ante sus ojos. Los textos neotestamentarios reflejan la

conciencia que las primeras comunidades cristianas tenían de la peculiaridad del apostolado de Pablo. En cualquier caso, parece claro que la conciencia apostólica está esencialmente marcada por la misión específica. La misión es un ingrediente imprescindible del ser-apóstol.

II. APÓSTOL POR GRACIA DE DIOS

Pablo es hijo de Dios, es miembro de la Iglesia, es apóstol. Estas condiciones que afectan sustancialmente su identidad personal podrían ser motivo de vanagloria. Sin embargo, una persuasión invade la conciencia que Pablo tiene de su propia vida y que le impide henchirse de orgullo: todo, absolutamente todo, es gracia de Dios; es don inmerecido; regalo gratuito, esto es, sin peajes ni condiciones.

Es el mensaje fundamental de Pablo. El evangelio que Pablo predica, que se nutre y emana de la persona de Cristo, es la buena noticia de la gracia. Ni la trayectoria apostólica ni la vocación de Pablo pueden entenderse sin la experiencia de la gracia, de la gratuidad del amor de Dios que se derrama sobre los hombres sin exigir nada a cambio. Esta fue, sin duda, la experiencia fundamental que dio pie a la conversión de Pablo: el saberse amado por Dios, el saberse “dado” por Dios.

Sólo en una persona como Pablo podía haber dejado una huella tan profunda la gracia de Dios. Pablo era un hombre apasionado, sin duda inteligente y emprendedor. Confiado en sus talentos y su fidelidad a la ley judía, pensaba que con ello estaba en camino de alcanzar la salvación, concebida como producto de su esfuerzo. Al menos esto es lo que se puede concluir al considerar la insistencia con que proclama que la salvación es pura gracia, procede del amor misericordioso de Dios. Su profunda conversión consistió precisamente en descubrir que la salvación sólo puede proceder de Dios, no del esfuerzo humano.

La gracia de Dios ha inaugurado una nueva economía salvífica en la que la Ley ya sólo tiene el valor instrumental de mostrar al hombre la condición de la vida bajo el signo de la carne, o sea, del pecado. En esta nueva economía, la gracia y el amor de Dios se convierten en el bien supremo, presencia actuante en el corazón del hombre que exige una acogida y respuesta por su parte. El evangelio que Pablo predica es el evangelio de la gracia.

Ser apóstol, para Pablo, es una necesidad que surge de su experiencia de la gracia. La peculiaridad de su apostolado –apóstol de los paganos– sólo se entiende desde esta experiencia. Gracia, vocación y misión aparecen claramente vinculadas en la vida del apóstol. El efecto primordial de la gracia es la filiación adoptiva. Por la gracia de Dios se entra a formar parte



del ámbito de su amor. Semejante buena noticia –evangelio– no puede circunscribirse al pueblo de Israel. La comunicación del amor gratuito de Dios entraña una expansión natural, una apertura universal a todos los pueblos y naciones. La vocación apostólica de Pablo surge de la experiencia de saberse amado gratuitamente –no sólo sin exigir nada a cambio, sino de un modo sobreabundante– por Dios.

Desde esta clave, Pablo entiende su propio apostolado como una gracia, como un don particular que Dios ha suscitado para bien de la Iglesia. Es una gracia de la que se siente depositario y que sólo existe para ser entregada. Esta es la lógica latente en los relatos de vocación del Antiguo Testamento y en la misma vocación de Jesús. El apostolado no es primariamente una forma de definición personal o un trabajo neutro que es producto de una elección personal, sino que, aun contando con la identidad única del que ha sido “agraciado” con él, trasciende a la persona incardinándose en el orden objetivo de la gracia, cuyo beneficiario es el pueblo de Dios del que está llamada a formar parte la humanidad entera.

III. LA GRACIA NO HA SIDO ESTÉRIL EN MÍ: RASGOS DEL APOSTOLADO

Ahora bien, la gratuidad del amor de Dios no exige al hombre de determinarse ante dicho amor. El amor auténtico no esclaviza, sino que supone la libertad del receptor para acogerlo. La libertad de acoger y responder a la gracia es un principio fundamental de la nueva Alianza que Dios establece con los hombres. El hombre es libre para seguirle, para responder a la propuesta amorosa de Dios. La gracia no le abrumba hasta el punto de impedir la elección de otras alternativas. El apostolado de Pablo es posible por la elección gratuita de Dios, pero también por la respuesta generosa y decidida de Pablo. La libertad para elegir va unida indefectiblemente a la responsabilidad personal. La gracia sitúa al hombre ante un ejercicio de libertad y responsabilidad. Este es el principal motivo de la predicación paulina: hemos sido agraciados con el amor de Dios, ¿en qué consiste la respuesta del hombre ante semejante don?

Hemos insistido en que el apostolado en Pablo no puede entenderse prescindiendo de una experiencia espiritual fundamental: la filiación divina. Este es para Pablo el don principal que exige una respuesta responsable. La filiación adoptiva, que es consecuencia de la gracia, nos ha abocado a una nueva relación ante la cual no se puede permanecer indiferente. Toda la propuesta ética de Pablo emana de esta convicción: a nuestro ser hijos en Cristo le corresponde un hacer coherente con semejante condición. La

conducta humana también queda imbuida por la acción de la gracia (2 Cor 1, 12). Los dones o carismas que el Espíritu suscita en la comunidad cristiana para su edificación –incluido el don del apostolado– persiguen en último término garantizar la filiación afectiva, no sólo efectiva, de sus miembros, de los miembros de la Iglesia

Desde esta perspectiva, el apostolado paulino se comprende como un don del Espíritu a la comunidad, un carisma que es gracia de Dios ante el que Pablo da una respuesta personal, libre y responsable. La responsabilidad ante el don recibido le conduce a perfilar paulatinamente algunas características del apostolado.

Ministro de Cristo y administrador de los misterios de Dios (1 Cor 4, 1)

Pablo está persuadido de que el evangelio que predica no es invención del hombre, sino que es obra de Dios. Se trata de un misterio tan sublime que ante él el hombre sólo puede adoptar una actitud reverencial y agradecida. La buena noticia de la gracia no puede ser aprehendida sin apreciarla en su justa medida, como el establecimiento de una nueva economía salvífica que tiene su origen en el corazón misericordioso de Dios. Ante la inconmensurabilidad de este misterio, Pablo experimenta el apostolado recibido como una realidad cuya entidad sólo puede comprenderse en referencia a Cristo y su evangelio. Por eso se llama a sí mismo *ministro de Cristo y administrador* de los misterios de Dios. Es ministro de Cristo porque ha sido enviado por él. Del encuentro con Cristo surge su vocación apostólica. El evangelio de la gracia que predica es el evangelio que Cristo ha proclamado de palabra, obra y vida. Es, además, administrador de los misterios de Dios porque estos preceden en orden y valor cualquier iniciativa humana. Estos misterios que han sido revelados en Cristo son fuente y meta del apostolado. Desde ellos, para dar cuenta de ellos y para conducir a los hombres hacia ellos, surge la vocación apostólica.

Pablo vislumbra la responsabilidad enorme que entraña la tarea apostólica. El garante de su predicación es Dios mismo. Maravillado ante esta realidad, exclama: *Este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que todos vean que una fuerza tan extraordinaria procede de Dios y no de nosotros* (2 Cor 4, 7). Sólo Dios puede dar razón de la predicación del apóstol. Por eso ha de volver una y otra vez al momento fundante de su vocación, a la experiencia de encuentro con Cristo, con el fin de *reavivar el don que le ha sido concedido* (2 Tim 1, 6). Volviendo a encontrarse con él, experimentándose a sí mismo como hijo adoptivo de Dios, siempre por pura gracia, vuelve a sentirse enviado, ministro de Cristo; se fortalece la convicción de que los bienes que trata de comunicar, los misterios de Dios que administra, proceden de Dios mismo, no de la iniciativa del hombre.



A los administradores se les exige que sean fieles (1 Cor 4, 2)

Si la vocación apostólica se comprende en referencia a Dios que llama y envía, se entiende que la primera labor del apóstol consista en escudriñar la voluntad de Dios. La fidelidad al don recibido conlleva poner la mirada en la voluntad de Dios, no en uno mismo. Por eso, la oración y el discernimiento se convierten en elementos connaturales a la identidad apostólica. No se puede ser apóstol sin ser hombre de oración. Y la oración auténtica desemboca en el discernimiento: acoge la realidad circundante del orante y la sitúa ante Dios a la espera de que se esclarezca el modo de la presencia y la acción que en esa realidad ha de emprender el apóstol.

Pablo ha sido llamado, y con razón, maestro de discernimiento. Las recomendaciones morales que dirige a las comunidades cristianas a lo largo de sus cartas no proceden de una voluntad antojadiza, sino que presuponen un ejercicio de discernimiento por parte del apóstol mediante el que trata de aplicar a las distintas situaciones comunitarias el principio del amor fraterno. Pablo insta a los creyentes al discernimiento como actitud propia del hombre nuevo en Cristo: *no os acomodéis a los criterios de este mundo; al contrario, transformaos, renovad vuestro interior, para que podáis descubrir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto (Rm 12, 2)*. La realidad ha de ser juzgada según la sabiduría de Dios, no según los criterios del mundo.

Si bien el discernimiento es propuesto como actitud propia del creyente, existe también en las primeras comunidades cristianas una praxis de discernimiento específicamente vocacional-ministerial. Se trata de un discernimiento eminentemente comunitario que surge en el fragor de la misión. El apostolado de Pablo es fruto de este ejercicio de discernimiento personal y comunitario. Pablo esclarece su vocación como apóstol de los paganos desde el encuentro con Cristo y el conocimiento del evangelio, pero su apostolado ha de ser de alguna manera ratificado y asumido por la comunidad cristiana, por la Iglesia, cuyo referente primero es la comunidad jerosolimitana. Los argumentos de Pablo a la hora de justificar su condición de apóstol no sólo versan sobre el envío personal por parte de Cristo, sino también sobre la comunión con la Iglesia apostólica de Jerusalén.

A nosotros, los apóstoles, Dios nos ha destinado al último lugar (1 Cor 4, 9)

Pablo experimenta en su propia carne esta situación. Su condición de apóstol es fuente de alegría y realización personal, pero también lo es de

sufrimiento: pierde credibilidad ante los suyos, se convierte en personaje polémico, controvertido, padece hambre, sed, calamidades... El ministerio apostólico no es un camino de rosas; exige una tolerancia grande al sufrimiento y la frustración. Es la experiencia que Pablo transmite a través de muchos de sus escritos. No es difícil hacerse una idea de los sentimientos que Pablo experimentó en muchos momentos de su vida; su vocación apostólica fue puesta en duda en repetidas ocasiones, las comunidades por él fundadas decaían en la vivencia del mensaje evangélico, falsos predicadores confundían a los cristianos... Dirigiéndose a los cristianos de Corinto, contra el surgimiento de algunos "partidos" en el seno de la comunidad, Pablo exclama: *¿Qué es Apolo y qué es Pablo? Simples servidores por medio de los cuales llegasteis a la fe; cada uno, según el don que el Señor le concedió. Yo planté y Apolo regó, pero el que hizo crecer fue Dios. Ahora bien, ni el que planta ni el que riega son nada; Dios, que hace crecer, es el que cuenta (1 Cor 3, 5-7)*. Esta alocución expresa la conciencia que Pablo tiene acerca de su papel en la misión: es mero portador de la buena noticia de Cristo. Para adquirir esta conciencia es preciso cultivar el valor de la humildad, reconocerse como colaborador de una obra cuyo autor no es uno mismo, sino Dios.

Es indudable que Pablo ocupa un puesto de autoridad en el seno de las comunidades que va estableciendo. En virtud de esta autoridad se dirige a ellas para exhortarlas y animarlas en su fe. La autoridad de Pablo sobre sus comunidades se funda en su condición de apóstol. Semejante posición no ha de ser motivo de vanagloria para el que la ocupa, porque depende del don de la vocación recibida. Sin embargo, es una tentación constante el apropiarse del don y considerarlo como algo que tiene su origen en la propia persona. Se requiere humildad para reconocer que ser apóstol es un don y que, como todo don que el Espíritu suscita en su Iglesia, sólo se entiende al servicio de ella y de su misión.

CONCLUSIÓN

Hemos comenzado este escrito afirmando que el misterio de la identidad personal sólo se esclarece en relación a la vocación-misión personal. En el caso de Pablo, su vocación consiste en ser apóstol, y más específicamente, en ser apóstol de los paganos. Hemos indicado que la experiencia de la filiación adoptiva, el sentirse hijo en el Hijo, y miembro de la Iglesia son condiciones ineludibles para que emerja la conciencia apostólica. Ser hijo de Dios, miembro de la Iglesia, apóstol, son características que nutren esencialmente la identidad de Pablo, quien contempla estos elementos como don de Dios, como una gracia proveniente del amor misericordioso de Dios. Ante la gracia recibida,



queda la responsabilidad de la acogida. Al acoger su vocación apostólica y ponerla en práctica, Pablo nos ofrece un perfil testimonial del apóstol que se ha convertido en referencia normativa para los cristianos de todos los tiempos. Ser apóstol supone reconocerse siervo de la causa del evangelio, portador de una noticia que no es propia sino que procede de Dios. Supone cultivar la actitud cristiana del discernimiento para tratar de dilucidar la voluntad de Dios en cada momento, reconociendo con humildad nuestra condición creatural y el peso de la fragilidad humana, transfigurada a la luz del misterio pascual.

El apostolado es don, gracia, antes que tarea. Don para el que lo recibe, pues su vida e identidad personal quedan profundamente marcadas por esta gracia; pero sobre todo don para la Iglesia y el mundo. Un planteamiento de vida en clave vocacional presupone una actitud agradecida por el don recibido. Sin agradecimiento no es posible la vocación, entendiendo ambos términos en su sentido más auténtico. La acción de gracias conlleva la asunción de la gratuidad como principio rector de la existencia. Esa es la base sobre la que se asienta una vida que se estructura desde y para la misión.

La misión es un polo, junto a la llamada de Dios, que atrae al hombre en su respuesta vocacional. El acontecimiento vocacional se encuentra con la tentación de entenderse a sí mismo sólo desde alguna de estas claves. En Pablo, la llamada divina y la llamada de la realidad se funden en una llamada única que polariza su existencia. La misión no es un proyecto ajeno a las circunstancias históricas. El apostolado de Pablo no es neutro, aséptico: Pablo es apóstol de los paganos. Su vocación personal se nutre también de la particular coyuntura histórica en que se desenvuelve.

En una sociedad que prescinde de Dios, es preciso esforzarse por generar una cultura de la llamada, en la que se haga ver la necesidad que el mundo y los hombres tienen de Dios y el deseo de Dios de comunicar su amor gratuito y misericordioso a la humanidad entera. Para ello, hoy más que nunca es preciso recuperar la oración como espacio en el que el hombre, al encontrarse con Aquel que sale a su encuentro, se experimenta a sí mismo como llamado, *con-vocado* junto con otros en la Iglesia para extender la buena noticia a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Es preciso, además, educar para el discernimiento como una actitud espiritual propia del creyente, tal y como Pablo la propone en sus escritos. Esforzarse por poner la realidad que prescinde de lo trascendente ante la mirada compasiva de Dios conlleva amar la realidad creada, querida por Dios. Sólo desde ese amor a las criaturas y desde la experiencia personal del amor recibido de Dios pueden surgir apóstoles decididamente entregados a la causa del evangelio.